

DACOSTA, Arsenio, PRIETO LASA, José Ramón y DÍAZ DE DURANA, José Ramón (eds.), *La conciencia de los antepasados. La construcción de la memoria de la nobleza en la Baja Edad Media*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2014, 347 pp., ISBN: 978-84-15963-06-6.

Desde hace ya unas décadas, el grupo consolidado de investigación de la Universidad del País Vasco, “Sociedad, Poder y Cultura en el País Vasco (siglos XIV-XVIII)”, viene enriqueciendo el medievalismo con publicaciones de fuentes, monografías o volúmenes colectivos en torno al estudio de las relaciones sociales, culturales, de poder e institucionales en los territorios vascos, y en los otros territorios peninsulares y europeos. El libro que presentamos es fruto de una de estas iniciativas, y profundiza en una de las líneas de trabajo del equipo: la construcción histórica de la memoria y sus efectos sociales, línea que en los últimos años ha aportado notables resultados. Prueba del alcance del tema es la participación de Arsenio Dacosta y de José Ramón Díaz de Durana, dos de los editores del volumen, en el programa internacional “Archivos de familia en la Península Ibérica (finales del siglo XIII- comienzos del siglo XVII)”, eje de investigación de la Escuela de Altos Estudios Hispánicos e Ibéricos (Casa de Velázquez), o el volumen que coordinó Jon Andoni Fernández de Larrea, también junto a José Ramón Díaz de Durana, *Memoria e Historia. Utilización política en la Corona de Castilla al final de la Edad Media*, Madrid, Sílex, 2010.

El título principal del presente libro ya nos dice mucho de su contenido: la elección parece deberse a Arsenio Dacosta, pues ya en la introducción a su edición del *Libro del linaje de Ayala* había afirmado su preferencia por la elocuente expresión “conciencia de los antepasados”, empleada antes por Isabel Beceiro como título de uno de los trabajos precursores (y de referencia, a juicio de varios de los autores de

este volumen) de esta temática para Castilla¹, y mucho antes que ella por Marc Bloch. La imagen de la portada sirve igualmente de avance de lo que encontraremos al volver las páginas: dos figuras recortadas de Pedro López de Ayala y de su hijo Fernán II Pérez de Ayala en actitud orante, tomadas del retablo de la Virgen del Cabello que preside las tumbas del canciller y de su familia, en Quejana, como testimonio de la memoria de sí mismo y de su linaje. Y es que el objetivo principal del libro, tal y como señalan los editores en la introducción, ha sido el de reunir varios trabajos de acreditados especialistas que abordasen la forma en que las casas nobiliarias castellanas construían su memoria genealógica, haciendo uso de ciertas narrativas con las que fundamentar la conciencia de sus respectivos linajes. Un segundo objetivo se planteó como homenaje al historiador portugués Luís Krus, fallecido en 2005, que ya hace décadas valoró la validez de la investigación de las fuentes literarias para el estudio de la reconstrucción del pasado nobiliar. Sus aportaciones metodológicas se aprecian, por ejemplo, en el trabajo que Bernardo Vasconcelos e Sousa presenta en este volumen. Los dos trabajos de Luís Krus traducidos como homenaje, ambos sobre los orígenes míticos de los Haro (“Una variante peninsular del mito de Melusina: el origen de los Haro en el *Livro de linhagens del conde de Barcelos*” y “La muerte de las hadas: la leyenda genealógica de la Dama del pie de cabra”, escritos en 1985), enmarcan de forma gráfica los problemas que se desarrollarán en los diferentes estudios: en la memoria de los Haro, la escritura de la historia se confunde con las leyendas precristianas melusiniánas para fundamentar la independencia del Señorío de Vizcaya respecto a Castilla. Todo un ejemplo de cómo los linajes acumularon un patrimonio simbólico a su favor en competencia con la memoria histórica regia. Estos trabajos y los dos siguientes (“Narrativas nobiliarias en la historiografía alfonsí y post-alfonsí”, de Francisco Bautista y “La memoria y el discurso de la nobleza en los relatos genealógicos castellanos (1370-1540)”, de Isabel Beceiro) nos introducen en el repaso general de las fuentes que sostienen la memoria nobiliar, a través de la cronología planteada (entre los siglos XIII-XVI), mientras que los cinco siguientes podemos considerarlos estudios de caso de linajes concretos que ejemplifican los planteamientos propuestos (“Mecanismos y articulaciones discursivas en la construcción de la memoria genealógica: el caso de los Ayala”, de Arsenio Dacosta; “Los Pimentel y la construcción de una memoria linajística”, de Bernardo Vasconcelos e Sousa; “La importancia de ser antiguo. Los Velasco y su construcción genealógica”, de Cristina Jular Pérez-Alfaro; “La *Crónica de San Isidoro del Campo*, primera historia de Guzmán el Bueno”, de Juan Luis Carriazo Rubio; “La construcción de la memoria de las grandes casas nobles en la Corona de Castilla. El marquesado de Priego y el ducado de Alburquerque”, de María Concepción Quintanilla Raso y María del Pilar Carceller Cerviño). El último de los trabajos recogidos en el volumen (“Memoria dinástica y mitos fundadores: la construcción social del pasado en la Edad Media”, de Jaume Aurell i

¹ BECEIRO PITA, I., «La conciencia de los antepasados y la gloria del linaje de la Castilla bajomedieval», en PASTOR DE TOGNERI, R. (coord.), *Relaciones de poder, de producción y de parentesco en la Edad Media y Moderna: aproximación a su estudio*, Madrid, 1990, pp. 329-350.

Cardona) sirve de apropiado colofón, al aportar la visión comparativa respecto al marco europeo y tratar la relación y dinámica entre la memoria genealógica y la memoria dinástica regia. La estructura del volumen, así resuelta, resulta muy coherente. Y esa coherencia se refuerza con el útil índice onomástico que cierra el libro.

Tras la lectura de estos trabajos, podríamos resaltar múltiples aspectos, pero nos centraremos en el corpus de fuentes sobre el que se apoya la narrativa genealógica aquí analizada. Francisco Bautista se plantea cuándo comienza a desarrollarse una escritura histórica propiamente nobiliar. Revisando ciertos episodios narrados en las crónicas reales sobre los Haro o los Lara, llega a la conclusión de que aún no existe ni en el XIII ni en las primeras décadas del XIV una estrategia por parte de la nobleza de forjarse una memoria historiográfica propia y autónoma. La memoria linajística circularía hasta entonces de forma oral, aunque se puedan percibir ejemplos de utilización de la historiografía regia en beneficio de algún linaje (como algún episodio de la *Crónica de 1344* a favor de los Lara). Con argumentos filológicos, rechaza este investigador la idea de la existencia a fines del XIII de una *Historia nobiliaria* perdida, tesis defendida por Diego Catalán. A las posibles obras perdidas también se refiere Isabel Beceiro, y la reconstrucción de una de estas obras perdidas, la *Crónica de San Isidoro del Campo*, que recoge la primera historia de Guzmán el Bueno, es el objetivo del trabajo de Juan Luis Carriazo, que fecha la obra en torno a 1322. En el trabajo de Beceiro vemos la dificultad de establecer la descripción de lo que constituye un “género genealógico”, especialmente en el tránsito entre los siglos XIV y XV, y la dificultad de deslindar la literatura nobiliar de la histórica, todavía en el XV. Hasta mediados del XVI no percibe la “consolidación de la conciencia genealógica”. Las circunstancias históricas que llevan a la nobleza a afirmarse hacen necesarios los relatos genealógicos, como sucede con el *Recuento de las Casas antiguas del reino de Galicia* de Vasco de Aponte (1535). Arsenio Dacosta apuntala un poco mejor la cronología de la emergencia de esta conciencia y su escritura, al resaltar la excepcionalidad en el mapa peninsular y europeo del *Libro del linaje de los señores de Ayala* (escrito por el propio Fernán Pérez de Ayala en 1371, que deja así impronta consciente de su voz personal). Gran conocedor de esta obra por él editada, se acerca ahora a ella apoyándose en estudios antropológicos o teóricos clásicos (Jack Goody o Gabriel Spiegel), y trata de describirnos la originalidad de los mecanismos y articulaciones empleadas por el padre del canciller de Ayala, entre ellos el uso de la heráldica y del apellido como signos de distinción. Se apuntan otras estrategias que serán desplegadas por la nobleza en etapas de mayor desarrollo: la incipiente utilización de los documentos de archivo (“protoarchivo”) y la relación con el espacio monumental memorialístico (fundación de monasterios o capillas funerarias). La obra escrita por el conde Barcelos entre 1340 y 1344, el *Livro de Linhagens*, y analizada ejemplarmente por Bernardo Vasconcelos e Sousa, refleja muy bien cómo, en el siglo XIV, estas fuentes, una vez escritas, podían ser revisadas, retocadas y manipuladas, como cualquier obra histórica, para servir a intereses distintos a los iniciales. Vasconcelos nos muestra la labor de “limpieza” de la memoria de los Pimentel efectuada por el refundidor de la obra de Barcelos en torno a 1360-1365 (vinculado familiarmente con los Pimentel). Y es que la concien-

cia escrita del grupo nobiliar se construye de forma acumulativa y aglutinando múltiples elementos a lo largo del tiempo. Cristina Jular, recopilando buena parte del material documental que sostiene la memoria de los Velasco, entre los siglos XV y XVI, contenido en la biblioteca y archivo de los condes de Haro, trata de conjugar y exponer los efectos de esta multiplicidad de elementos: la labor de creación por parte del cabeza del linaje, el condestable Pedro Fernández de Velasco, de la base de la tradición escrita; la necesaria integración de la misma en la crónica oficial del reino; la actuación mediadora de profesionales a su servicio; los receptores, los lectores... Con todo ello se forma un arsenal de memoria que muestra su utilidad concreta cuando se trata de defender alguna prerrogativa puesta en riesgo. El archivo y la biblioteca llegan a ser herramientas indispensables para forjar la memoria en las casas nobiliarias del siglo XVI, tal y como pone de manifiesto también M^a Concepción Quintanilla, a propósito de la memoria de los Fernández de Córdoba, señores de Aguilar, marqueses de Priego, aunque, en este caso, y en comparación con el caso de los Velasco, la eficacia de estas estrategias culturales parece menor, de ahí que la autora hable de “un caso anclado en la realidad” para resaltar el peso de la acción frente al de la representación (aun así, vemos de nuevo que resulta significativo el uso de la heráldica y del apellido).

Otros aspectos recorren los planteamientos de todos los autores. No podemos desarrollarlos, pero merece la pena mencionarlos; entre ellos, la cuestión de los orígenes míticos o legendarios (sustancia de los trabajos de Luís Krus, pero también presente en el análisis del linaje de la Cueva, en el trabajo sobre los duques de Alburquerque de Pilar Carceller); la propia figura del miembro fundador, cuyo tratamiento histórico o genealógico determinará la intención del relato: la figura del conde Guifré el Pelós, en las genealogías de los condes de Barcelona (Jaume Aurell); el don Vela de la Casa de Ayala (Acosta); Vasco Martins para los Pimentel (Vasconcelos); Alfonso Pérez de Guzmán “el Bueno”, origen de los duques de Medina Sidonia (Carriazo); o Beltrán de la Cueva, para los duques de Alburquerque (Carceller). Otra cuestión que, creemos, podría dar pie a futuras investigaciones es la relación entre consolidación de la escritura genealógica y predominio del parentesco agnaticio (apuntada por Beceiro y por Aurell). En algunos trabajos (Krus, Acosta, Vasconcelos, Quintanilla) se observa cómo el papel decisivo de la mujer en la fundación o transmisión de un linaje queda desfigurado o reinterpretado, de forma que uno de los objetivos de la construcción de la memoria parecería ser el de hacer prevalecer la memoria masculina frente a la femenina. Cuestión determinante presente en mayor o menor medida en todos los trabajos ha sido establecer la función social de la tarea de construcción de la memoria nobiliar: la legitimación estamental *frente a o junto a* la monarquía (Krus, Bautista, Beceiro, Jular, Aurell), la legitimación personal frente a otros nobles, ya sean miembros de otros linajes o de un mismo linaje (Acosta, Vasconcelos, Jular, Quintanilla, Carceller), y la legitimación señorial frente a los vasallos (Acosta).

En suma, muchos son los aspectos a destacar de esta obra colectiva que puede convertirse en un modelo y punto de partida para futuras investigaciones sobre esta

temática. Solo hay que lamentar que la generosidad que agradecían los editores a los colaboradores en las páginas introductorias no haya sido colmada con la presentación de unos trabajos suficientemente originales por parte de dos de los autores, que han recurrido al autoplagio en una proporción no pequeña². No siempre es fácil resistir las presiones del *publish or perish* que está desvirtuando la práctica investigadora en la actualidad.

Ana Isabel CARRASCO MANCHADO
Universidad Complutense de Madrid

² Juan Luis CARRIAZO incorpora múltiples párrafos idénticos, en texto y notas, de otro trabajo suyo citado por él («La ‘Muy casta dueña de manos crueles’: Juan de Mena y los Guzmanes Andaluces», en Cristina Moya (ed.), *Juan de Mena. De Letrado a Poeta*, Woodbridge, 2015, pp. 23-44, y de otro no tan reciente, «Isidoro de Sevilla, ‘spiritu prophetae clarus’», *En la España medieval*, 26 (2003), pp. 5-34, lo mismo que M^a Pilar CARCELLER, que también forma su texto a partir de párrafos y notas de su tesis doctoral, *Realidad y representación de la nobleza castellana del siglo XV el linaje de la Cueva y la casa ducal de Albuquerque*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2006.